

pios de unidad y de variedad con armonía verdadera. Pero, andaban á la sazón divididos, cuando son dos términos indispensables á la existencia humana. El principio germánico se removía, se encontraba en el Renacimiento contra el principio latino, como en los tiempos de Othon, como en los tiempos de Enrique IV, como en los tiempos de Federico II. Venía, pues, y venía lógica y necesariamente la fundación de la nacionalidad religiosa en Alemania por un estallido de su conciencia. El hombre que surgió en esta hora histórica para representar fielmente el estado del espíritu humano, fué Lutero. En su humildísima cuna y en su modesta educación, aprendió á sentir y á padecer como el pueblo. Hijo de un trabajador, de un minero, había en su naturaleza algo de la fuerza y del vigor de su padre. Estudió desde sus primeros años. Y para ocurrir al sustento y continuar en la escuela, ganaba su vida cantando de puerta en puerta con voz entera, y recibiendo de unos y otros modesta y caritativa limosna. Siendo joven, iba con un su amigo por cierto camino, le sorprendió la tempestad, y un rayo dejó muerto al camarada á sus plantas. Este súbito caso le conmovió en términos que tomó hábito y abrazó la religión de los agustinos. Allí aprendió el dogma de la gracia que viniendo de San Pablo se extiende y se afirma en San Agustín, se agranda y se exagera en Lutero. Del convento pasó á Roma, y pasó con ánimo de adorarla, de rezar, absorto, hundidas las rodillas en las tumbas de los mártires, fija la mirada en el sol de la autoridad religiosa. Cuando divisó á Roma, flaquearon sus piernas, se estremeció su corazón, juntáronse sus manos, cayó en arrobamiento, en éxtasis ante sus innumerables cúpulas, y le pidió que mandase al espíritu suyo, las bendiciones romanas. También Arminio fué caballero romano. Mas así que estuvo en Roma, toda el alma de su raza se despertó en su alma, todo el genio de sus predecesores, entró en su fuerte corazón, y el joven tímido se trocó en furioso Alarico, anhelante por entrar á saco en la ciudad que había cazado á los germanos para gladiadores de sus cruentas fiestas, y los había uncido como trofeos vivientes á sus carros de guerra, á sus carreras triunfales. Al mismo tiempo que este espíritu guerrero estallaba en su ánimo, se derramaba por su fantasía como un soplo de inspiración lírica. Cantó y combatió. Compuso el coral que han repetido en coro cien pueblos, y escribió las invectivas que han roto la unidad cristiana. Negó las indulgencias, la virtud de las obras y de las ofrendas, la autoridad del Pontífice, la antigua Iglesia, en luchas continuas ante sus mayores enemigos, rodeado de los generales de Carlos V en Worms, hasta fundar con la energía de su voluntad y con la acerada lógica de su idea, la nueva nacionalidad de Alemania, la nacionalidad que era como el santuario de la conciencia emancipada. De Lutero proviene la lengua alemana, transformada en sus controversias y en su propaganda; de Lutero la ciencia, porque todos los mayores filósofos germánicos pertenecen á la rama protestante y todos derivan sus sistemas de la libertad de conciencias; Lutero ha convertido al humilde marqués de Brandeburgo en Rey de Prusia, el humilde Rey de Prusia en grande Emperador de Alemania,

que á un tiempo ha desvanecido la sombra del imperio español, arrojando al Austria de la confederación, y la base del Pontificado, arrancándole la ciudad de Roma y el poder temporal. ¿Se comprende, pues, toda la importancia que tiene el movimiento religioso en el movimiento político de Alemania? Hoy mismo el príncipe Bismark, después de haber triunfado del Austria y de Francia, de las dos potencias católicas, concentra sus vigorosísimos esfuerzos en el intento de combatir al catolicismo. Lejos de caminar hacia la separación de la Iglesia y el Estado, que tan admirablemente han sabido arraigar en su constitución y en sus costumbres los pueblos anglo-sajones del Nuevo Mundo, camina hacia un cesarismo omnipotente, en que pueden quedar mermados los derechos de la conciencia humana, y con ellos la vitalidad y la gloria de Alemania. La guerra al catolicismo es el alma de la política prusiana. Los católicos se quejan de que los veinte millones de reales adscritos á los fondos secretos, y las rentas de la fortuna privada del destronado Rey de Hannover, y los excedentes de los gastos votados para la anexión de la Alsacia y de la Lorena, excedentes que suben á cerca de cien millones de reales, se emplean todos en suscitar enemigos estipendiados á la Iglesia de Roma. El dogma de infalibilidad ha sido combatido, negado, puesto en una especie de entredicho civil, con menosprecio de los buenos principios, que aconsejan separar toda fuerza coercitiva de las cuestiones candentes de dogmas, de disciplina y de Iglesia. Esta conducta extrañó tanto más á los perseguidos cuanto que esperaban aún después de la guerra, por ciertas palabras leídas en los discursos de aperturas de las Cámaras por cierta visita del prelado de Breslan, que sobre la corona del nuevo Imperio se elevara y cerniera la antigua blanca paloma de los tiempos de Carlo-Magno; y la espada en tantas victorias engrandecida, se doblara al servicio de Pontífices.

Pero en el corazón de Alemania los odios al Austria y á Francia están animados, encendidos en otro odio superior todavía, en el odio á la Iglesia romana y á sus dogmas. Desde Sedán vió todo el mundo que el poder temporal estaba perdido; y desde el momento en que se declaró el dogma de la Infalibilidad, vió también todo el mundo que corría Alemania á otro nuevo cisma. Y este cisma era avivado por el poder político recién nacido en Versalles, á la manera que fué avivado el luteranismo por el elector de Sajonia en sus comienzos. El gran teólogo de Munich, á quien tanto debiera la Iglesia católica, pasó á jefe de la secta disidente que se llamaba de los viejos católicos, así como los protestantes se llamaban los viejos y verdaderos cristianos. En su obsequio hizo cuanto pudo el nuevo imperio, y en detrimento de los que admitían la Infalibilidad pontificia. Una grande ordenanza fué promulgada, llena de castigos y de multas, contra los predicadores demasiado exaltados ó fanáticos. El día en que se quejó el Papa y publicó una Encíclica contra el imperio, los periódicos liberales y ultramontanos, que copiaron en todo ó parte aquel documento, fueron recogidos. La mano del gobierno entró en los seminarios, y arregló la en-

señanza religiosa á medida de la enseñanza oficial. El ministro de Cultos declaró que no podía continuar sin modificaciones importantes la vida de la Iglesia católica en Alemania imperial. El clero, muy independiente de las autoridades civiles, dependía de una autoridad extranjera, que ignoraba por completo las necesidades y aspiraciones nacionales de Alemania. Sobre todo, el bajo clero le parecía amenazador desde las posiciones que le había dejado cierta indiferencia que resultaba ciega imprevisión. Y como al cambiar radicalmente ese estado, atacaba algunos artículos de la Constitución, pedía el gobierno que se examinara con gran detenimiento y calma el pavoroso problema. Llevado, pues, de este pensamiento se obligaba al clero á cursar toda la segunda enseñanza en los establecimientos del Estado y á recibir tres años de ciencia teológica en las universidades oficiales; á sujetarse á exámenes presididos y celados por los autoridades del gobierno; á sufrir una exquisita vigilancia en sus escuelas, en sus iglesias, y á dar una grande garantía de celo por el bien público; á proveer dentro de cierto tiempo y ciertos límites los veneficios vacantes; á invalidar todo contrato entre el superior y los inferiores eclesiásticos, que desconociera la autoridad y las leyes civiles; á recibir en su jurisdicción y en sus castigos procedimientos ajenos á veces contrarios al procedimiento canónico; á aceptar la intervención del juez ordinario en las causas religiosas; á revisar en tribunales nombrados para este fin todos los títulos de todas las dignidades existentes en la Iglesia; á convertirse el clero, ¡é! hasta entonces independiente, en funcionario completamente sometido á la autoridad del imperio. Los jesuitas fueron expulsados, á pesar del mucho respeto y poco miedo que les tuviera siempre el gran Federico. Los obispos, que protestan, son perseguidos, multados, encarcelados. Los fieles se ven constreñidos á recibir los sacramentos de manos que no creen puras, y á doblar la rodilla ante católicos que no creen ortodoxos. El asunto de la Infalibilidad se ha tratado en las plazas, en las academias, en los púlpitos, en las tabernas, en los clubs, y ha sido causa de grandes disentimientos en la corte de los emperadores, en los consejos de los ministros, y de ruidosos escándalos y alarmantes perturbaciones en las calles. Bismark se parece á los emperadores de Bizancio, influyendo sobre los concilios para la declaración de un dogma, ó á los califas de Córdoba, regulando las relaciones entre sus vasallos cristianos y su clero. Se debe sentir mucho orgullo al penetrar, como un Dios, en el seno cuasi divino de la conciencia humana, con la espada de la autoridad en las manos; pero ¡ay! que nunca se desconoce impunemente la naturaleza de nuestro sér, ni impunemente se atenta á la santidad del derecho. Si las escuelas filosóficas, definiendo y depurando la idea del derecho, han contribuido al movimiento político y al movimiento republicano en Alemania, cuánto no habrán contribuido, en qué alto y superior grado las escuelas religiosas. Efecto de nuestra imperfecta organización política y social, quédase el pensamiento científico en las regiones superiores de la sociedad, en las escuelas, en las almas privilegiadas que han adquirido alguna cultura intelectual; en tanto que la religión,

la idea religiosa como abraza la vida y la muerte, como lleva en sí el consuelo á innumerables dolores y el aliento á innumerables esperanzas, como ilumina desde los cielos del arte hasta la piedra del hogar, y desde la piedra del hogar hasta la piedra del sepulcro, enciende y anima á un tiempo el corazón y la cabeza, la voluntad y la inteligencia, el tiempo y la eternidad.

Se han concluído las guerras religiosas. No se batalla con el género humano por la presencia real, por la Cena, por el libre arbitrio, por la gracia, por la divinidad ó la humanidad de Cristo. Pero las controversias religiosas ni se concluyen ni se concluirán nunca, mientras haya en el mundo quien doble las rodillas ante las aras sagradas, y para explicarse lo existente y lo posible entregue su alma al templo santo, que flota, como el arca de Noé, entre un diluvio de lágrimas. En toda cuestión política se encierra hoy, como ayer, una cuestión religiosa. La extrema derecha de la Asamblea de Versalles no pugnó tanto por someter el pueblo á la triste autoridad del Rey tradicional, como por someter la inteligencia popular al yugo de la fé histórica; y la extrema izquierda no pugnó tanto por la República y la democracia como por la independencia del pensamiento y el reinado de la razón. El antepenúltimo ministerio Gladstone cayó en la Gran Bretaña. Y su caída se debió, más que á ninguna otra cosa, á las cuestiones relacionadas con la Iglesia y con la enseñanza, á las cuestiones religiosas. Italia ha vencido al Austria, que le vedaba su integridad, y á la Francia, que le retenía su capital; ha tomado el sacro imperio y el cuadrilátero; vencida por la fuerza, ha triunfado por la política; y no puede tomar el Vaticano ni mover al Papa desarmado, viejo, preso, porque ahí existe una inmensa cuestión religiosa. Nuestras verdes montañas del Norte chorrean sangre; el estampido del cañón y el bramar de las costas cantábricas se unen con los salvajes gritos de guerra en los espacios de un cielo implacable, airado, y el incendio, la matanza y la depredación y las ruinas se explican, porque pelean allí nuestra antigua intolerancia con nuestra nueva libertad religiosa. Cada vez que la cuestión de Oriente se suscita, surgen de ella, como en tiempo de las Cruzadas, Jerusalén, la capital del mundo cristiano; Constantinopla, la capital del mundo griego, cuestiones de disciplina, de dogma, de ortodoxia. El cretense opone al turco opresor su derecho y su Dios; el polaco de Varsovia opone al ruso de Moscow, su independencia y su dogma; el hijo de Bohemia remueve los huesos de Juan Huss y Jerónimo de Praga, para recordar á los Emperadores de Austria que ha jurado vengarlos. En la pequeña Suiza, el Surdebun fué un asunto religioso; y en la pequeña Bélgica pelean por el poder liberales y católicos. Bismarck, que no ha temblado ante los aguerridos ejércitos de Francia, tiembla ante los clérigos del Papa. De suerte que en toda cuestión política late hoy sobre este viejo continente una altísima cuestión religiosa, mucho que se relaciona con la fe, que vive del dogma. Quizá ellos mismos lo ignoraban; pero, al remover los problemas religiosos, al interpretar la Biblia, al poner frente á frente del comentario de la Iglesia el comentario de la razón, al examinar si

el libro de Judith es anterior ó posterior al Cristianismo, en todas estas cuestiones que tan de lejos interesan á los problemas planteados en nuestro tiempo, los teólogos alemanes encerraban torrentes de electricidad revolucionaria, que debían relampaguear, tronar, caer sobre la cabeza de una generación, la cual, abandonando los viejos altares, á cuyo pie había nacido y criádose, abandonaba con igual ímpetu y violencia, sin darse de ello pura cuenta, los viejos Reyes y los carcomidos tronos. El siglo décimo-octavo es uno de los siglos mayores de la Historia humana. Hay indudablemente en el desarrollo de la vida de nuestra especie épocas decisivas, de una influencia más inmanente que otras épocas, en que el género humano parece haber descansado de sus antiguos trabajos y fatigas. En la Historia moderna son para mí siglos de importancia excepcional, máxima, el siglo primero, el siglo cuarto, el siglo décimo-tercio, el espacio que comprende la segunda mitad del siglo décimo-quinto, y la primera mitad del siglo décimo-sexto; y sobre todos, quizá, y más importante que todos acaso, el siglo revolucionario por excelencia, el siglo décimo-octavo. En el siglo primero, el Cristianismo y el imperio se fundan; la idea del hombre, que había forjado Atenas; la idea de la humanidad, que había forjado Roma; la idea de Dios, que había forjado Jerusalén; la idea del Verbo, que había forjado Alejandría; todas estas ideas se unen por los apóstoles y por los mártires, en la conciencia; por los filósofos, en la razón; por el estoicismo y los Emperadores estoicos, que cierran, como gigantescas estatuas, estos grandes tiempos, en el derecho humano, con cuyos principios se compondrá una nueva sociedad, para que caiga sobre ella la vida de un nuevo espíritu. Y en el siglo cuarto la unidad del mundo romano se rompe, la variedad y la personalidad de los tiempos modernos aparecen con las primeras invasiones de los bárbaros; la Roma pagana es desposeída de su prestigio secular y fundada la Constantinopla de los cristianos que continuará la obra de Jerusalén y Alejandría; el federalismo de las nacionalidades nacientes se opone á la despótica autoridad de los Césares históricos; los dioses, á quienes Juliano diera un filtro mágico, pero inútil, caen yertos á los pies de oscuro trabajador, nacido en los establos de la plebe y muerto en el patíbulo de los siervos, para ser elevado á Dios de las futuras democracias; el Concilio de Nicea, que comprende todos los peligros encerrados en la prematura herejía de Arrio, promulga el símbolo de la fe cristiana y proclama la divinidad de Cristo para que recoja la dirección del mundo, que se escapa á las desarmadas manos de Júpiter, y eduque á las razas que avanzan rapaces y hambrientas; los obispos, perseguidos por Diocleciano, vuelven, merced á los rescriptos de Constantino, con las señales del martirio en sus cuerpos quebrantados, á sustituir la rota unidad material con la eterna unidad humana; se funda el trabajo moderno, que crea y produce, enfrente de la guerra, que destruye y aniquila, y se funda el trabajo merced á la orden de San Benito, orden de agricultores y de sabios, la cual guarda las cenizas de la antigüedad en sus bibliotecas y abre la madre fecunda tierra con sus arados; y mientras los cielos se oscurecen y los campos se